PEDRO PARAMO; UNA SESION ESPIRITISTA

POR

SERGIO FERNANDEZ

Universidad Nacional Autónoma de México

De punta a cabo de la Tierra, nuestro planeta está atravesado por lo que llamamos fantasmas. Si creemos en ellos, son parte nuestra; nos son consustanciales. Sabemos que no están en nuestro reino, para desdicha y fortuna nuestra, el de la encarnación. Vagan, vagan sin cesar. Los recoge el murmullo, la leyenda, los sueños, la locura, el recuerdo. Son parte de una experiencia que jamás resulta cotidiana porque los sabemos en un sustrato que no nos pertenece, y al que quizás convenga llamar, como lo nombra el ocultismo, el plano astral. Sobreviven contra viento y marea, contrariando al espacio, contraviniendo al tiempo, siempre. Pero donde tienen cabida —además de los rincones que privilegian— es en el arte, lo cual refuerza su constancia y su fidelidad hacia nosotros. Hamlet o Hans Castorp ¿Cómo podrían retener al padre y al primo a no ser por Shakespeare y por Thomas Mann?

Los fantasmas vagan por la tierra. En nuestro continente no se dan a desear: se asoman para vernos desde Boston, por ejemplo, hasta Buenos Aires, pasando por una ciudad como la nuestra, cuyos basamentos, como los de Roma, son sagrados. ¿No lo comprueba el Templo Mayor y las misteriosas deidades que extraemos del lodo, día con día? Y como lo excelso sólo aparece de vez en cuando, se da, si de literatura hablamos, en algunos relatos doblemente impresionantes. Lo son, claro, tanto por la calidad artística que les es inherente como por apoyarse en terrenos insólitos.

De norte a sur —repito— cruzan sin que ningún lindero les inquiete, y entonces, ¿Cómo no mencionar a Peter Quint o a Jessel, su amante, ambos muertos de manera violenta? ¿Cómo no hacerlo si con lazos oscuros cercan a los vivos, fascinados y horrorizados con su trato? Es extraño tal comportamiento, tanto, como recordar —mediante un verso gongorino— a la Sra. Vélez y a Jacinta, su hija, misteriosamente enterradas juntas, ya que una vivía y jamás se supo que se suicidara el mismo día en que la madre muriera. Así comprobamos que *Sombras*

suele vestir la fantasía de quienes estamos en la Tierra, no lejos (lo cual es importante) de la luna.

Vivimos con nuestros fantasmas. Por tener algo de ellos, ¿representan nuestro “otro”, ese ser que generalmente tenemos abandonado, prohibido, virginal? Si así fuera, por eso mismo nos asustan al mismo tiempo que nos enriquecen. Inyectan con veneno la imaginación para que aletee y se sacuda de los diarios acontecimientos grises, como los vidrios empañados cuando llueve en septiembre. ¿Que haríamos, pues, sin su caudal de sombras o de aullidos nocturnos? Y si se fueran, por romántico que sea el comentario ¿cómo llenar el hueco que nos dejarían al partir? Hasta las burlas de Evelyn Waugh pueden venir a cuento: son los *seres queridos*.

Juan Rulfo lo sabe, y por eso, a manos llenas, los apresa. No le es difícil, ya que ha nacido en un país necrofílico donde la muerte entroniza sus reales. Es lugar común, fastidioso, decir que desde la escultura prehispánica hasta la Calavera Catrina (pasando por los menesteres cotidianos y el folklore), si algún atavismo existe en México es el de los difuntos. Fastidioso, pero sorprendente también, la fiesta del dos de noviembre, así como un entierro popular, atrae a todos, hasta quien escribe una novela como *Bajo el volcán*, lo cual es sintomático de nuestras macabras pasiones. Por eso *Pedro Páramo* está aquí adobado por condimentos que no hurta, sino hereda, y de este modo, sus raíces parecieran llegar al centro mismo de la tierra. Pero no obstante los fantasmas, ¿resulta incómodo unirlos así, de primas a primeras, con *Otra vuelta de tuerca* y con el espléndido relato de José Bianco? Tal vez, pero, para justificarme, añado lo que todos sabemos: que el hilo conductor entre ellos —imposible de no contemplarse— es el trasmundo. Que cada uno de los tres le imprima la peculiaridad de su talento, es obvio; que cada uno provenga de una cultura diferente, lo es también. Pero que no se hallan aislados; que se trata de una literatura metafísica sembrada como por manos invisibles, es cosa cierta, como lo es que los fantasmas, adosados a nuestro insomnio y a nuestra soledad, demandan del artista un estilo para existir. James, Rulfo, Bianco, sintaxis conjugada, por su medio se los han concedido. Cabe ahora pasearnos (pues tal es la tarea) por el de *Pedro Páramo*.

La novela es, en cuanto tal, la primera que en México disuelve la ya vieja polémica que los Contemporáneos tuvieron con sus contrincantes, empeñados, éstos, en proclamar al arte como nacionalista y masculino. Salvados de la condena el Muralismo y la Novela de la Revolución, se avasalló con lo que no tuviera estandarte. Gorostiza, Cuesta y Villaurrutia, especialmente, les pusieron un coto y para sí mismos practicaron una estética opuesta. Pero, si la riña viene a colación es porque, repito, Rulfo la soluciona tomando de ambas tendencias lo que requiere para escribir. Me refiero a la ferocidad de lo epopéyico y a la intimidad, en su caso pastosa, de lo lírico. *Pedro Páramo* resulta un texto de características anecdóticas

y poéticas; alcanza una sincresis y una solución. Nadie como Rulfo para concentrar, pues, estéticas en su momento concebidas como antagónicas. El destilado es *raro*, singular: ¿Se trata de ese surrealismo tan sorpresivo, hallado por Breton en México como vivencia de lo cotidiano y no como una pensada búsqueda del arte? ¿De la magia lógica de Miguel Angel Asturias, la que encuentra en los países americanos de corte indígena?

Sea como sea, sólo me ocuparé de esa gran figura de la que hablo como eje central de la novela, el más allá, digna de Dante, de Quevedo, de Calderón. Y como creo que la importancia de la obra de arte se mide, en parte, por la incapacidad de la crítica en comprenderla, vayan estos renglones de excusa si la mía se quedara en el umbral. La riqueza de *Pedro Páramo* obligaría a otras cosas, pero agregó que ni mi planteamiento es una tesis ni intento probar nada que Rulfo no contenga en sus bodegas interiores. Se trata simplemente de una lectura particular, *sentida*, que depende de la novela, de lo que dice la novela. Pues ahora que la he vuelto a tener entre manos me llegó a la memoria un recuerdo que no quiero omitir, ya que el arte y la vida —con sus abismos de por medio— van de la mano. El recuerdo lo es de ciertas sesiones espiritistas a las que nos llevó (por curiosidad, por *snobismo*, si se quiere) la lectura conjunta de *La Montaña mágica*. En aquel momento Juan Soriano, Josefina Vicens, Sergio Pitol, Margo Glantz, Lilia Carrillo, Juan Ibáñez, pléyade ilustre, si las hay; todos, digo, fuimos a la caza de los fantasmas hasta que por temor (el que se percibe con el ahorcado Toribio Aldrete) nos alejamos de la mesa espectral donde uno a uno, como en Comala, se fueron presentando ciertos aparecidos —llamados “entidades”— que aún hoy, tantos años después, nos acompañan. Porque nosotros, obviamente, sí creímos que existen.

Y Rulfo, en *Pedro Páramo* parece convocar ¡El sólo, no faltaba más! una sesión espiritista, marco, o centro, de muchas otras cosas. La sesión es algo que se desprende del texto, suave o insuavemente, a la manera de algunos aromas que inhalamos. Es como un surtidor, el que sale —diría José Bianco— del cuerpo de Jacinta, ya que por un comentario de Lucas, el criado de Tucumán, nos enteramos de que “... la señora Jacinta no tiene ese olor tan desagradable de los blancos”. Olor, claro, que convoca tintes macabros aunque “El de ella es diferente. Un olor fresco, a helechos, a lugares sombreados, donde hay un poco de agua estancada, quizás, pero no del todo. Si, eso es; en la bóveda, cuando vamos al cementerio de los Disidentes, hay el mismo olor. El olor del agua que empieza a espesarse en los floreros”. ¿Huele así Comala? ¿O su olor es de incienso, como el de Janitzio? ¿Huele, en cambio a humedad y cera derretida, como San Juan Chamula? Cada ciudad, cada pueblo, —cada persona tienen los propios. El de Rulfo está corriendo parejas, claro, con el de sus habitantes. Y acaso el olfato —como en ciertos pasajes de Proust determine la profundidad de lo perdido, ay, sin remedio, como no

intervenga el arte para sacarlo del olvido. Por eso Rulfo escribe un relato que de otro modo permanecería en algún lugar de los muchos que la memoria no desea frecuentar.

La novela, por otra parte, está construida en varios niveles de representación, el más evidente de los cuales es un viaje a veces obvio, en ocasiones secreto, simbólico siempre, también. Este de Rulfo, es, claro, singular. Se trata del que efectúa un muerto al reino de los muertos ... si es que lo están los seres que transitan por el reino del novelista.

Como los mitos cambian de rostro, pero jamás desaparecen, tal vez la *Odisea*, ejemplar en todos los casos, sea una especie de silva, de lugar prístino a donde Juan Preciado, hijo del cacique, busca sus orígenes. El recorrido es tanto geográfico y visible como topográfico y fantasmal. Y si en principio el tiempo es *lineal* (empieza con el recuerdo de un pasado inmediato familiar, para terminar con la muerte del propio Pedro Páramo y de su última esposa, Susana San Juan; empieza con el Porfiriato, para terminar con la Revolución) el tiempo es lineal, no es menos cierto que todo ello se encapsula en una atmósfera donde, si uno mira a vuelo de pájaro las cosas, encuentra que el narrador se desdice o lo parece, al menos, “como si hubiera retrocedido el tiempo”, porque no cuenta, o no existe, u otras cosas le pasan ya que “El reloj de la iglesia dio las horas, una tras otra, “como si se hubiera encogido el tiempo”. De este modo se deja cobijar por el espacio de Comala, uno irrespirable, obviamente, que comunica las esferas del cielo y de la Tierra; la luna, claro, de por medio.

Debemos, sin embargo, tener cautela, pues ¿cómo retrocede? ¿Cómo se encoge el tiempo? Va hacia atrás, como cinta magnetofónica, para exponer secretos que solo así podemos aprehender. Sería, al parecer, una atención para saborear el lirismo pútrido de la novela. Pero, además, se encoge, pues, empequeñecido (como Dios con el alma de los místicos) intenta no amedrentarnos con su paso. De este modo —los objetos mudan de sitio sin que nos percatemos— todo, todo será distinto, ya que un *toque de queda* aparece, de modo que el tiempo pasa aunque se detenga; se detiene aunque pase, pues lo de menos es morir, ya que, por lo visto, la vida es solamente una ilusión de los sentidos. Por eso, entre estar vivo y lo que se denomina la muerte, Rulfo coloca varios elementos que le servirán de base para que no se les juzgue contradictorios, sino suplementarios. Me refiero especialmente al recuerdo, al sueño y, de manera sorpresiva, a la locura.

Sabemos desde el inicio (aunque jamás nada se sepa con seguridad) que Juan Preciado regresa a Comala en busca de su padre. Además de la inconsciente ambición de encontrar sus orígenes, posee la tenacidad indispensable para cumplir sus metas emotivas. La presión consiste en que su madre se lo ha pedido para efectuar, ya muerta, una venganza. Quiere que el [“El olvido en que nos tuvo, mi

hijo, cóbraselo bien caro”] desarrolle, transferido, un odio, el que se inhala con el “aire envenenado” del pueblo, atmósfera enrarecida “por el olor de las saponarias”. Hay algo de lodoso, de enmohecido, en ese transitar de Juan Preciado. Como la madre le “dio sus ojos para ver” así como “la voz de los recuerdos”, ve, pues, con vista, odio y memoria prestados o, por mejor decir, empalmados. De este modo Juan Preciado resulta dual: es él mismo y su madre, en una lastimosa y perversa forma del grotesco. ¿Se ha sabido de un muerto que se halle poscído de un muerto? He aquí los terrenos resbaladizos por donde, quiérase o no, el lector debe transitar.

Va, pues, el viajero a Comala, pero su ritmo, el propio, está rasgado por otros que van y vienen, con holgura, pero deshilachados, pues la cronología (para llamarla de algún modo) queda marginada para dar lugar a otros sucesos en los que encajan —hacia atrás, hacia afuera, paralizadas, inexistentes, oníricas, insanas, inventadas, ciertas peripecias de otros seres ligadas a la vida del padre, del pueblo, del país. Así las cosas, el recorrido recuerda, por fuera (con sus debidos trueques míticos) un Ponto mas mínimo y maldito; por dentro, el que efectúa el personaje hasta las profundidades del Hades; el viaje, repito, además de consistir en un relato escueto, es también el alegórico inherente, pues la historia de México, a principios de siglo, habrá de experimentarse en una forma sacrificial, propia de un ciclo que termina para dar paso a otro.

Es fácil advertir, desde ahora, una tergiversación malsana que, a gritos, pide el texto para conformar sus propios lineamientos. Y si el estilo se diseña, en principio, por un idioma vernáculo y aparentemente sencillo [“... es él el que se encarga de conchavarle muchachas a don Pedro”], la verdad es que todo ello es la máscara. Pues el rostro, —o, si se quiere, el paralelo del dibujo— es complejo, sofisticado; una línea invertebrada, ya física, ya metafísica, siempre neblinosa.

“Sí, —volvió a decir Damiana Cisneros—. Este pueblo está lleno de ecos. Yo ya no me espanto. Oigo el aullido de los perros y dejo que aúllen. Y en días de aire se ve al viento arrastrando hojas de árboles, cuando aquí, como tú ves, no hay árboles. Los hubo en algún tiempo, porque si no ¿De dónde saldrían las hojas?”.

Este estilo, desconocido hasta ahora como realización literaria, queda despojado de todo ornato; si se desea, se adorna de vacíos, como un barroco que a sí mismo se desmintiera. Casi desmetaforizado, con una metonimia desmayada y pétrea al mismo tiempo, la sintaxis teje lo malsano anteriormente mencionado, llámense saponarias, rezos que no se oyen, asesinatos o vicios de las almas que, sin cuerpo, viven una existencia pleonásticamente cadavérica. Tal el clima humano —si así puede llamársele— que experimenta la novela. Por eso, lo concreto engaña a lo impalpable, y viceversa. El cacique (con su bien heredada rapiña, los hijos habidos en un serrallo formado de violencias, rencor, que se yo) demuestra que se

está en la tierra, el valle de lágrimas cristiano. Pero si Juan Preciado llegara a equivocarse es por el no sé qué trenzado a lo concreto mencionado.

Lo que acontece es que se la pasan encerrados. De día no sé qué harán; pero las noches se las pasan en su encierro. Aquí esas horas están llenas de espantos. Si usted viera el gentío de ánimas que andan sueltas por la calle. En cuanto oscurece empiezan a salir y a nadie les gusta verlas. Son tantas y nosotros tan poquitos, que ya ni la lucha les hacemos para rezar porque salgan sus penas. Nos ajustarían nuestras oraciones para todos. Si acaso les tocaría un pedazo de Padre Nuestro.

Los que estan encerrados, ¿Se hallan vivos? El espléndido e incómodo acierto de la frase, ese “gentío de ánimas”, ¿no denota un trasmundo imposible, por ello mismo, de descifrar? Las “tantas”, los “poquitos”, ¿a qué reino pertenecen? El texto, entre burlesco y lúgubre, pareciera emparentarse con la negrura de Valle Inclán, pero también con el animerío de los *Sueños* de Quevedo.

Como quien habla ha muerto, sentimos que en Comala los muertos viven como vivos en un sitio específicamente topográfico. Pero el último párrafo citado es fundamental, porque Juan Preciado, a quien escucha es a una mujer; a una mujer amancebada con su hermano Donis y que existe —¿como todos?— sin la gracia de Dios. En balde haber confesado sus remordimientos a un obispo que pasó por allí, pues no los absolvió. La culpa es, dice ella, relativa, porque “estábamos tan solos aquí, que los únicos éramos nosotros. Y de algún modo había que poblar al pueblo”. El incesto es piedra de toque aclaratoria ya que, debido a él, “... esto está lleno de ánimas; un puro vagabundear de gente que murió sin perdón”. He aquí, ya en parte diseñada, la sesión espiritista convocada por Rulfo.

Sigamos al viajero o, en su caso, a quien narra. ¿Cómo no tropezarse con estas peculiares ánimas en pena que comen, van a misa, confiesan sus culpas, murmuran, riñen, matan, aborrecen, descan? El amor (fuera del de Susana San Juan) parece desterrado. ¿En qué suelo se pisa? ¿Se trata de un singular mas acá, pues en la tierra existe un pueblo de fantasmas? ¿Es algo producto sólo de la imaginación? ¿Existen otras esferas donde se vive sin cuerpo, pero con su apariencia? ¿O será una mezcla que nos confunde los sentidos? Si así fuera, el cielo y la tierra poseen puentes de unión, pero en ambos imperan las mismas pasiones, incluida la herejía, que llega a su cúspide con el Padre Rentería: “Vas a ir a la presencia de Dios y su juicio es inhumano con los pecadores”, le dice Susana. Ya en el infierno, ya en el purgatorio, los seres se aferran a tales sitios con pena y sin gloria, porque ambos lugares están en Comala. Por ello, no es de extrañar que al órfico viajero se le diga: “Entre los dos te arrastramos a la sombra del portal, ya bien tirante, acalambado como los que mueren muertos de miedo ...”. “Y ya ves, te enterramos”. Nadie es

testigo de la desproporcionada manera de actuar de tales seres, como no sea, naturalmente, el emponzoñado nido literario en el que Rulfo los aloja.

El calor de la canícula ladra al espacio, símbolo, tal vez, de las almas torturadas en el Purgatorio, pero choca con un permanente llover a veces tormenta, a veces aguacero o brisa, o gotas que resbalan por los aleros hastiadamente—; un llover que hace del viaje, al lado del calor, algo agobiante, agotador ... aun para un muerto. Voces de todas intervienen en el relato, pues una primera persona, o una tercera, son insuficientes. Ecos, rumores, “díceses”, murmuraciones, bisbiseos, pasan de ser a ser, de muerto a muerto, sin que se detenga al viajero, ya que el “cóbrase lo caro” le resuena siempre en los oídos.

Pero antes de seguir pespunteando en cosas tan inciertas, veamos las que presentan la cara más tangible, como la biografía de *Pedro Páramo*.. Si nos atenemos a la gente, es alguien del *todo terrenal* ¿Significa que carece de alma? Sin atrevernos a asentir, lo cierto es que es “un rencor vivo”. Se halla, por eso, condenado —como los demás, a pagar sus culpas, aun cuando desde niño. A ve de presa, heredero del caciquismo del siglo XIX; se rodeó de hembras a las que utiliza sin amar: tiene derecho de pernada y la mujer (como las hectáreas vecinas), le pertenece por derecho propio. Por eso *todo dios*, en Comala, puede decirse su hijo en una forma de promiscuidad que invade al pueblo. Los incestuosos hermanos, tan solos, no han tenido más remedio, al poblar a Comala, que haber una descendencia así. Como murió hace muchos años, su historia se rastrea minuciosamente. Desde pequeño fue pobre. Se “arrimó” a su tía Gertrudis. Como si fuera adulto, se le encargaron dos tareas: cuidar de un niño y hacerse cargo del telégrafo. Vive con su abuela (escrutadora, clarividente) y por ella sabemos que al nieto “le va a ir muy mal”, muy mal. También Lucas, su padre, opina que se “malogró”, como si hubiera sido educado para tareas más dignas. Sin embargo, “De cosa baja pasó a mayor”. El caso es que pierde una fortuna ganada de mala manera, y, adeudado con unas vecinas hermanas (a fin de no pagarles y además de despojarlas), por bienes comunes se casa con una, con Dolores, pues resulta la salida mas fácil. Que lo abandone con el tiempo a él le tendrá sin cuidado, ya que no la ama. En cambio, tiene dos pasiones: la que le profesa a Miguel Páramo (uno de sus múltiples hijos) y la que lo liga a Susana San Juan. El final de sus días llega con el desmoronamiento del Porfiriato. La metonimia es evidente y nos lleva a considerar el bello trazo de la novela al terminar el recorrido: el cacique muere, más que victimado por Abundio Martínez, por esa “manada de hombres” que para él es la Revolución. Y así se va, con miedo a que su muerte, en lugar de serlo, sea una nueva noche ... “porque tenía miedo de las noches que le llenaban de fantasmas la oscuridad”. De encerrarse con sus fantasmas. De eso tenía miedo”.

He aquí la parte terrenal. Pero existe la otra, el alma en pena de este padre; alma a la que Juan Preciado también busca. ¿No es un descenso a las profundidades de Comala, Hades a su manera? Por eso deducimos que el hijo suma, al odio materno, su propio destino, el de quien va en busca de unas culpas para desencadenarse de ellas. Tal pespunte permite al narrador entregar o replegar su mundo, según lo requiere, alternativamente, el relato. Por eso, para no resbalar, acudamos al recuerdo, al sueño y a la locura, para ver si, como temas claves, pueden, en parte, despejarnos el matorral.

Hagamos primero una pregunta: ¿Se puede recordar esta vida después de la otra? Toda sesión espiritista, según estos cánones, lo comprueba. Las “entidades” nos dirían que no tan sólo se recuerda, sino que se recuerda de una manera inevitable. ¿Cómo olvidar la vida misma, si por mucho que sea enemiga nuestra, es tan apetecible? El difuntor ama, ferozmente, al cuerpo, sin el cual la existencia terrena se evapora. Por eso el único momento ardiente del relato es cuando Susana, después de negar a Dios, porque le arrebató a Florencio, le dice:

Te pedí tu *protección* para él. Que me lo cuidaras. Eso te pedí. Pero tú te ocupas nada más de las almas. Y yo lo que quiero de él es su cuerpo. Desnudo y caliente de amor, hirviendo de deseos; estrujando el temblor de mis senos y de mis brazos. Mi cuerpo liviano y sostenido y suelto a sus fuerzas. ¿qué haré ahora con mis labios sin su boca para llenarlos? ¿Qué haré de mis adoloridos labios?

He aquí el recuerdo, mucho más punzante que todos los olvidos. La queja denota lo malogrado de las acciones de los hombres, agudizado en un amor cortado por la muerte. En varias ocasiones se le nombra a él, al cuerpo, ese vehículo del alma al que dolientemente abandonamos y que en la novela se rememora desde el más allá. Toda Comala es, bien visto, un recuerdo, pero, repito, especial, ya que proviene de una experiencia ajena a los que estamos vivos ¡Vaya acierto! El panteón de Rulfo se sabe palpar a sí mismo. ¿No es, pues, la memoria una de las grandes singularidades del relato?

Pero si el tiempo retrocede o se encoje, también comprobamos que es en los sitios interiores donde se excluye; donde también el espacio se llena de rarezas. Sí, es en la intimidad de estos seres “donde anidan los sobresaltos” eternamente; donde están “los restos de su pena”, la de alguien, *quién sea*. Se trata de una oquedad en la que todo cabe; en la que “Como que se van las voces. Como que se pierde su ruido. Como que se ahogan. Ya nadie dice nada. Es el sueño”. Así, al deambular de los espíritus, que nos ciegan con polvo se añade el sueño que, —libre de tiempos y de espacios— nos comunica con la muerte y con las esferas superiores, con todas,

aunque Susana no crea sino en la que está a nuestros pies: el infierno. En “la maraña del sueño”, como la llama Rulfo, ¿no se encuentra otro de los grandes cimientos que buscamos?

Pero en sueños o en vigilia lo que sobresalta es la lucidez de la conciencia: “Entonces me senté a morir” Cuando me senté a morir, ella me rogó que me levantara y siguiera arrastrando la vida”. ¿En qué quedamos? Lucidez la de quienes así dialogan; confusión, total, para el lector. ¿No se consigue así la indispensable libertad que el escritor anhela para la obra de arte?

Aun así, el sueño, como las ilusiones, cuesta caro. Por eso, Susana San Juan —adormilada siempre, en fuga— acaba por volverse loca. Su amor por Florencio, quebrado por la muerte; la pasión insoportable que por ella siente Pedro Páramo; su creencia en los pecados y su falta de redención, le trastornan el juicio. Se dice que es muy bella, pero “que no es una mujer de este mundo”. Es, si se quiere, alguien que no existía aun antes de morir: otro grotesco de la trama. Aún así, representa, en la atmósfera neblinosa del libro, un rojo torturado. Pues con tal pincelada, de contrapunto, se pregonan la libertad de los deseos. Es por eso la locura la que nos lleva al goce de los sentidos con esplendor y sin vergüenza. He aquí un tercer apoyo en la comprensión de nuestra sesión espiritista. Liguemos, de ser posible, tales cabos.

Somos —dice Sor Juana— seres “sublunares”, lo cual significa que no somos solares, es decir, que no vivimos con la divinidad. Al contrario, no sólo estamos alejados, sino que nos situamos en la polaridad contraria, sitio al que debemos abandonar tarde o temprano. Pero mientras la muerte no llega (el sueño en su mínima semejanza) somos enfermos por sano que el cuerpo se exprese. Dicho de otro modo, desde que nacemos estamos moribundos. Pero si seguimos echando mano de explicaciones esotéricas (¿Cuáles otras, si se trata del más allá?) toda alma desprendida del cuerpo tiene —en el instante mismo de morir— una voluntad para elegir reencarnar o, por lo contrario, trascender esta existencia sublunar. Se trata de las consabidas e inevitables enseñanzas de Oriente: el *Samsara* es colorido y vistoso; atrayente. Es lo ya conocido, el óvalo de las reencarnaciones, algo geoméricamente parecido al Zodíaco. En cambio, el *Nirvana* no puede describirse; sólo se dice que *no es*. Si se llegara a imaginar, sería comparable a un océano gris, cuya presencia congela de miedo a quien lo ve. Por eso el alma escoge volver la mayor parte de las veces. No es el caso de los que mueren violentamente, ya que, por no reencarnar pero por no alejarse de nosotros, son entidades que nos rondan: *son los aparecidos*.

Tal es el caso de la ánimas que viven en Comala, paralizadas, sin evolución libertadora. Si trazáramos una línea virtual entre la Tierra y la Luna, ese espacio sería su vivienda, de la que no se evaden porque, como Susana San Juan, aman el

cuerpo. Tal vez es el éxito del mundo material y de los engañosos efectos de la apariencia de la vida. Pero además —dice el simbolismo de la Qabala— “en términos del desarrollo espiritual del individuo, significa la conquista de los fantasmas reflejados del mundo material”, seres llamados “creaciones de lo creado”. Esta línea imaginaria nos comunica con lo que se denomina el astral, parte de la ilusión de los sentidos: lo ilusorio, si así quiere decirse. Se trata (el astral es una idea neoplatónica) de una fuerte energía o de “una suerte de energía semi—material que une al alma y al cuerpo físico”. La energía representaría una suma facilidad para penetrarnos de nuestros fantasmas.

Para finalizar, repito que —si creemos en ellos— la Tierra está de punta a cabo llena de esos *seres queridos*, amigos o enemigos, de Waugh. Nos espían para compartir o para arrebatar. También —he aquí el peligro— pueden poseernos, por odio o por amor. “Asexuadme, asexuadme”, les grita Lady Macbeth, pues sabe que los tiene en el alma. En cuanto Jessel y Peter Quint, por haber muerto violentamente, insisten en sus ligas con Miles y Flora, los niños a quienes “conquistán”. Lo mismo le ocurre a Jacinta, rompecabezas imposible de construir, pues la noticia del suicidio es arbitraria, temporalmente, en el contexto. Dicho de otro modo, o ha muerto pero vive mentalmente como viva en los demás, o está viva y los demás la piensan muerta; o goza de una doble existencia, la que disfruta del otro mundo y de éste.

En el mismo nivel está el ahorcado Toribio Aldrete, así como los accidentados, los asesinados y en suma, la víctimas de un ajeno morir. Para redimirlos “a través de las sesiones espiritistas” o de las oraciones— hay que repetirles, una y otra vez, que están muertos. Rulfo, por su parte, aprovecha sus fantasmas y, “zangoloteándolos”, “rebulléndolos”, los coloca en Comala, a la que han “conquistado” para siempre. La locura, el sueño, el recuerdo, son categorías, de hecho, fuera de espacio y tiempo, de modo que nada mejor para borrar linderos y perfilar, en la novela, los espíritus literariamente apetecidos.

Así se crea la situación indispensable para que el relato nos deje tanto el envenenado olor de las saponarias como el mal sabor de boca que la irredención del pueblo nos provoca. He aquí, de nuevo, el cruce de la vida y el arte. Por eso, si nos atenemos a *Pedro Páramo*, se infiere que nada entendemos de la vida; que nada, tampoco, sabemos de lo que la separa de la muerte; que, por ende, ignoramos (por mucho que lo imaginemos) para qué estamos en el mundo, es decir, qué sentido tiene la existencia.

Es casi innecesario añadir el obvio parecido de la novela de Rulfo y el mundo de los vivos. Desde un ángulo inmanente, Pedro Páramo y su grey pueden ser la otra cara de la medalla: lo oscuro, la sombra, aquello de lo que no deseamos acordarnos. Portan, como nosotros, pasiones de la carne, atroñas del cerebro, o

malignidades a granel. En este panteón podemos descubrir —en cada lápida— nuestras señas de identidad, lo sublunar que nos habita; el viaje que hacemos a la manera de Juan Preciado. El relato es el estanque donde surge nuestro Narciso negro. De este modo se convierte, no en fiel o infiel espejo, sino en un doble para quien se contempla. Es —si cabe— un realismo inverso, que recorre la senda del “más allá” de Rulfo a la vida del arte, lo cual, en este caso, viene a ser lo mismo.

Porque se trata, a qué dudarlo, de la inmortalidad.